

La noche de San Juan en Lima

Es una Nochebuena. Así la llaman: una Nochebuena criolla. No saluda el nacimiento del Sol sobre las nieves o del Dios-hombre entre las bestias sino la memoria del Precursor, la Voz en el Desierto.

El desierto en Lima es la pampa de Amancaes, al pie de los altos cerros muy empinados que se han sacudido las piedras y parecen roca hecha polvo, adornados a veces, no se sabe cómo, por la amarillez del amancay. ¿Era por aquí, en tiempo de los virreyes, el paseo elegante de la ciudad de las calesas y los caballos de paso? ¿Hubo ermitas, en este desierto, a las que se llegaba en peregrinación el día de San Juan? ¿Se celebró antes, en el mismo lugar, un culto pagano más asiático, indio? Rastros de todo ello se encuentran en la fiesta, no de la noche, del día de San Juan, que continúa celebrándose en la pampa de Amancaes, en torno al templo del santo y a la que acuden ahora los automóviles de los turistas y el pueblo motorizado en multitud de camiones. Los turistas fotografían y el pueblo ve desfilar a los jinetes típicos, inmóviles bajo sus ponchos, en sus caballos pequeños y vivos que van dando pasos como de vals criollo y luego se puede ver danzar y oír cantar las danzas y las canciones indias de la sierra o la marinera mestiza de la costa y comer corazón de toro asado y ensartado en pedacitos —las entrañas debieron servir para interrogar al Destino.

Volviendo la espalda a los cerros alucinantes, forrados de gente colgada en racimos, se contempla Lima (como no puede menos de pensar un madrileño). Madrid desde la pradera de San Isidro, según lo dejó pintado Goya en uno de sus cuadros modernos, pequeños, más famosos. A la romería madrileña de San Isidro es, en definitiva, a lo que más recuerda la festividad de Amancaes, la romería limeña de San Juan.

La fiesta de la víspera, la noche de San Juan, es una verbena que tiene lugar en el que fue el barrio más elegante de la ciudad virreinal, barrio que disimula, descuidados, empobrecidos, los dos paseos todavía más bonitos de Lima: la Alameda de los Descalzos, que podría ser un jardín como los que hay en España, en el Real Sitio de Aranjuez, y el Paseo de las Aguas un comienzo de parque a la francesa, de Saint-Cloud, si no del parque que los borbones franceses hicieron en Castilla la Vieja, en la Granja. La Alameda de los Descalzos tiene su convento en el fondo. El Paseo de las Aguas, su fuente. En la Alameda hay iglesias. En el Paseo, debido a un virrey dieciochesco, el virrey Amat, vivía la Perricholi, la comedianta de este soberano o, mejor dicho, reyezuelo, cuyas genialidades, las de la Perricholi (aunque, en realidad, las genialidades fueron las del virrey) pasaron los Andes y han sido recogidas por Merimée en *La carrosse du St. Sacrement*, y por Thorton Wilder en *The Bridge of San Luis Rey* y, ni qué decir tiene, por don Ricardo Palma en sus *Tradiciones*.

Este barrio, colonial y castizo, que se ha venido abajo, lleva el nombre, que le viene muy bien, de Abajo el Puente porque se halla en la orilla baja del Rímac. El Paseo de las Aguas, proyectado para regocijo de las damas más o menos perricholis y de los caballeros más o menos virreyes, es hoy un pobre jardín municipal para los esparcimientos de los bajopontinos, en él se desarrolla principalmente la verbena de San Juan.

Las verbenas de Madrid son ricas, continúan florecientes, pero han perdido su carácter popular. Como los toros, se han convertido en fiestas de señoritos. La sanjuanada de Lima sigue siendo popular. Bajo las bombillas municipales suben por el Paseo a ver saltar las aguas, familias enteras con niños llevados de la mano y niños de pecho; las indias llevan sus bebés, como siempre, a la espalda, sujetos por el mantón. Las familias criollas, mestizas, indias, zambas, negras, chinas, en todos los colores del pueblo limeño, tienen de común por debajo del color de la piel, el mismo sentido español de la sangre, de la familia. Van al Paseo de las Aguas a pasar familiarmente, sin confundirse unas con otras, manteniéndose —al contrario— en clanes, aisladas, la noche de San Juan, la noche de los tiempos. No deshacen su grupo, no se desperdigan. Comen de pie los buñuelos con miel, los picarones. Dejan a los

cholos desarraigados, que basta poner en vez de la primera “o” una “u” para que sean los chulos mestizos, los bancos de las cantinas en los que ellos, condescendientes, se espatarran y se dejan atender por las vivanderas opulentas. Los del grupo familiar levantan todos a la vez la cabeza para admirar los globos de colores, juntan las miradas en la lejanía de los cerros donde arden las hogueras, les sorprende con unanimidad el estruendo de los camaretazos y las bombardas. No se separan ni para bailar, no buscan pareja para singularizarse (que tal es la paradoja del baile y del amor: busca a otro para ser más uno mismo), pasan sin descomponerse por delante de las dos bulliciosas bandas militares y de los organillos perdidos en la multitud, los organillos insinuantes, sentimentales, disgregadores.

Mucho se lamentan en Lima actores, autores y críticos sobre la desafección del público por el teatro. Las familias limeñas del pueblo se reúnen, forman una marea en el Paseo de las Aguas, la noche de San Juan, para ver y oír un teatro de género chico o más bien, de comedia improvisada, de tablado de Arlequín, en el cual, Arlequín, Polichinela, etc... son los personajes, los mitos callejeros de una Lima desaparecida y que quizá nunca ha existido, de una Lima irreal: las tapadas; el Diablo músico, con sus frases entrecortadas y su bastón; el cholo rechoncho Upa; Nicanor de la Maza, el hombre acorazado de medallas, como aún hoy cual generalísimo; la Sanguera, con su pregón de dulces; Velita de Sebo, el sabelotodo; la Humitera; el vendedor de la “Revolución Caliente”; el Rosquillero Mata Obispo diciendo palabrotas; la tamalera; la negra trapisondista; Pan Frío, viejo cantante; el Chino gelatinero, vendiendo la ración de “a gordo” arroz rociado con miel... Naturalmente, los críticos, ni los autores conocidos, reparan en este teatro auténtico, aunque localista, con su gracia, si bien de sal gorda, y su poesía que es poesía de verdad, a pesar de ser de chafarrinón.

Y a otra poesía más pura, a la lírica, he visto rendir culto, menos local pero no menos original, en el Paseo de las Aguas de Lima, la noche de San Juan. La gente hacía corro atento en torno a un anciano que leía y vendía poesías de los más diversos poetas de lengua española, copiadas por él a mano. Este editor manual o, en términos más propios y comerciales, esta editorial amanuense, lograba un gran éxito. El público se disputaba la mercancía:

- Ésa para mí.
- ¿Tiene usted una chinela?
- También los venezolanos tienen buenos poetas.
- Recite usted otra vez la de la pasión.

El vendedor de poesía no se precitaba a vender sus copias manuscritas. Como se venden copias de los cuadros famosos, discutía el valor de las obras con el público. Se negaba a vender, no llevaba copias de lo que no le gustaba y lo decía sentenciosamente: “No, ésa no me gusta”. En cambio, cuando quería dar el máximo galardón a un poeta, a Darío, como él llamaba a secas a Rubén Darío, le nombraba: “Poeta nicaragüense muy apreciado por los intelectuales”.

Esta honradez profesional no le impedía utilizar las tretas permitidas y hasta recomendadas en el comercio por los viejos maestros de la publicidad, incluso en el comercio de imágenes y de ideas. Mostraba una hoja de papel en la que por un lado se hallaba copiada una poesía pasional, como él la calificaba y que él recitaba, y luego advertía:

—No puedo leer la otra porque la copiada en el otro lado de la hoja no es para ser leída en alta voz delante de las señoras y los niños aquí presentes. Pero les aconsejo a ustedes que se la lleven y la lean en su casa. Les aseguro que es la verdad de la vida. Se titula: “El piojo”.

(*El Nacional*, 17 de julio de 1953)